

Más historias rusas

Prosigue Mr. M. Paléologue publicando en la «Revue des Deux Mondes» su interesantísimo diario de la Rusia de los zares durante la Gran Guerra. En el último número de la casi centenaria revista nos habla de la revolución rusa y en testigo. Hay notas dignas de ser recogidas.

El sábado 10 de marzo de 1917 oía cantar la Marsellesa y veía banderas rojas en que iba escrito: «¡Abajo el gobierno! ¡Abajo Protopopow! ¡Abajo la guerra! ¡Abajo la Alemana!» Protopopow era algo así como si dijéramos el fiscal del Tribunal Supremo, el introductor del Poder Ejecutivo sobre el Judicial. Y la Alemana era la zarina, la principal culpable de las vergüenzas del régimen zarista con su tenebroso ocaso, la embrojada.

Los jefes de los partidos liberales, hasta los del partido obrero, se vieron sorprendidos por el modo cómo el ejército, la soldadesca que arrastró a la oficialidad se fué a la revolución. El 12 de marzo (1917) escribía Paléologue: «La idea republicana en favor de los ambientes obreros de Petrogrado y de Moscú es extraña al espíritu general del país y es imposible prever cómo acogerán los ejércitos del frente los sucesos de la capital.» Pero la República — ¡y qué República! — se estableció en Rusia.

El 15 de marzo el pobre Nicolás Romanoff parece que dijo: «Si la revolución triunfa, abdicaré de buena gana. Iré a vivir en Lávadia; adoro las flores.» ¡Pobre soberano! No quiso luego abdicar en su hijo, en el zarevich, un pobre enfermo incurable, un hemofílico, de quien no quería separarse. El profesor Feodorow le dijo al zar, confirmando los temores de la zarina, que su hijo, que el zarevich, el hemofílico, era incurable. Su sangre era hartó fluida. Dolencia, según parece, de origen materno. ¡Y la madre!

La madre, la Alemana, la embaucada por Rasputín, la pseudo-mística, no quería enterarse. Cuenta Paléologue que el 17 de marzo le dió informes de Tsarcoiselo el general Efimovich. Fué el gran duque Pablo el que enteró a la zarina, a la emperatriz, de la abdicación del zar, de quien ella no sabía hacía dos días. Y la pobre Alemana exclamó: ¡No es posible!... ¡No es verdad!... ¡Es otra invención de los periódicos!... Creo en Dios y tengo fe en el ejército. ¡Ni uno ni otro han podido abandonarnos en una hora tan grave!

«¡Otra invención de los periódicos!»
¡Pobres periódicos! ¡No hemos oído

aquí llamarle un «motín de prensa» a lo que debió haber sido un gran debate parlamentario? De la historia viva de hoy, de la realidad civil y política tiene la culpa la prensa que la refleja. La función más peligrosa es la de historiador. Por historiar se le enjuicia y procesa a un publicista, a un periodista, y para condenarle hay que suponer que fué irónicamente como le dió al soberano uno de los títulos que ostenta. Y esto metiéndose a juzgar de intenciones. Porque no se puede hacer historia.

¡Invención de periódicos! ¡Motín de prensa! Y en tanto meter, como el avestruz, la cabeza bajo el ala y cerrar los ojos para no ser vistos. Que así hacen los niños: cierran los ojos para que no se les vea. Y los gobiernos a negar la historia o a falsearla. Que no se sepa la verdad sino cuando no hay remedio.

Y es la prensa, sin embargo, la que tiene que darle a un pueblo conciencia histórica, conciencia de lo que en él pasa. No hay política sana como el arranque de la historia, pero de la historia viva, de la de hoy.

¿Censura previa? ¿Procesos? ¿Recogida de tiradas? ¡Perder el tiempo! Cuando subiendo la presión del vapor la caldera está a punto de estallar, de nada sirve tapar o romper el manómetro; de nada sirve romper el barómetro cuando señala un ciclón.

«¡Es otra invención de los periódicos!» — exclamaba la pobre zarina al saber la abdicación del zar. Y es que no se aprende; es que la experiencia ajena no sirve. Ya dice el proverbio turco que la experiencia es un peine con que le regala a uno el Destino cuando ya se le ha caído el pelo. «¡De aquí a cien años todos calvos!» — decía nuestro gran megaterio político, Cierva, y entonces leerán nuestros nietos nuestra historia. Pero no peinarán con ella; ni nos peinarán.

«¡Bah! Algo tienen que inventar los periódicos para llenar sus columnas, pero verá usted como no pasa nada» — nos decía hace poco un conservador irrevocable. Y en tanto van pasando cosas. ¡Y traspasando! ¡Y qué cosas! ¡Hasta la vuelta de los megaterios, anteriores al hombre troglodítico!

Miguel de UNAMUNO.

